

George L. Mosse, *Soldados caídos. La transformación de la memoria de las guerras mundiales*, trad. y estudio preliminar Ángel Alcalde. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2016, 310 pp.

El siglo XX está marcado por las dos guerras mundiales y sus dramáticas consecuencias. Estas condicionaron de manera definitiva el mundo tal y como lo conocimos hasta las últimas décadas de dicha centuria. El primero de estos conflictos se caracterizó, a diferencia de pasados enfrentamientos, por el gran número de víctimas que provocó. El sufrimiento fue tal que se hizo necesario trivializar y legitimar la guerra, mitificando la experiencia bélica. Había que enmascarar una realidad bélica cuya brutalidad había llevado a que la vida humana perdiera su valor. Este proceso de legitimación, así como la citada brutalidad, se trasladaron a la política de entreguerras y fueron básicas en el ascenso al poder del fascismo y del nacional-socialismo. Todas ellas son cuestiones fundamentales para comprender el período que abarca desde la Gran Guerra hasta la Guerra Fría, y que comprende la Segunda Guerra Mundial, el totalitarismo y la eliminación, a una escala hasta entonces inconcebible, de la vida humana –ya fuera en combate o por el asesinato masivo organizado por el Estado–. Sobre estos aspectos reflexionó y teorizó George L. Mosse en *Soldados caídos*, obra que ahora nos ofrece Prensas Universitarias de Zaragoza. La edición de este clásico de la historia cultural es fruto de la traducción realizada por Ángel Alcalde, especialista en la materia y autor de un interesante estudio preliminar, que nos aproxima a la figura de George L. Mosse, nos ofrece las claves de su obra –su recepción e impacto posterior– y nos muestra su contexto historiográfico. Este detallado trabajo introductorio permite remitirnos a él para abordar las cuestiones comentadas y centrarnos en el análisis de la propia obra.

Ante todo, se trata de una traducción tardía.¹ Veinticinco años de espera, que se explicarían, argumenta Alcalde, en el freno al desarrollo de nuestra historiografía a causa de la larga dictadura franquista, la desconfianza de nuestros especialistas por las perspectivas culturalistas y el alejamiento de la historiografía española, hasta fechas recientes, con respecto a los avances en la investigación de las experiencias bélicas. Esta tardía traducción contrastaría con la influencia que la obra ejerció sobre la historiografía internacional, en especial la italiana, interesada por la vertiente cultural de la guerra y del fascismo. La obra de Mosse, más allá de la Gran Guerra o del origen del nazismo, abordaba cuestiones como la mitificación de la experiencia bélica y la creación del culto al soldado caído, que traspasaban fronteras.

Soldados caídos sitúa a Mosse, representante de una prolífica generación de refugiados intelectuales alemanes de origen judío, entre los historiadores que más hicieron por el progreso de la historia cultural referida a la Gran Guerra. Su obra abrió nuevos caminos a la investigación histórica. El propio Mosse indica cómo la historia de los voluntarios de guerra, clave en su argumentación, no se había escrito hasta entonces, ni tampoco se había abordado la camaradería de guerra, elemento fundamental en la mitificación de la experiencia de guerra, básica en la literatura de la época, tal como se muestra en este libro cuando recuerda cómo el tema de “el frente” –la vida en las

¹ La obra original: George L. Mosse, *Fallen Soldiers* (Oxford: Oxford University Press, 1990).

trincheras, la camaradería y los combates— predomina en la prosa, la poesía y los libros ilustrados. Y es que Mosse también innovó en relación a las fuentes y temáticas a las que acudió. La literatura, pero también el turismo, el ocio, la prensa, la cinematografía o la vida cotidiana, son la base sobre las que se asientan las conclusiones de *Soldados caídos*. Y todo ello en momentos en los que temas como el culto a los soldados caídos y su proyección a través de monumentos, cementerios y memoriales de guerra comenzaban a ser estudiados. Aspectos básicos en esta obra, estas temáticas han conocido en los últimos tiempos un gran éxito, fruto del interés de grupos memoriales y de políticos ávidos por instrumentalizar la historia a su favor.

Respecto a su espacio geográfico de estudio, Mosse, sin dejar de interesarse por Francia, Inglaterra e Italia, se centró principalmente en Alemania. Ello se explica porque en el que fuera Imperio Alemán el enmascaramiento de la realidad a través de la creación del “mito de la experiencia de guerra” se hizo más necesario que en las potencias vencedoras. Había que superar el drama de la derrota con un discurso de heroísmo y de traición que nutrirá al nacionalismo revanchista de entreguerras, del que surgirá el nacional-socialismo y su desprecio hacia la vida humana de todos aquellos que no fueran ni pensarán como ellos. Especialista en la historia del nacional-socialismo y del fascismo, Mosse escribió *Soldados caídos* convencido de la importancia de las consecuencias de la Primera Guerra Mundial para entender el nacimiento y actuación de estas ideologías. Como experiencia bélica moderna, la Gran Guerra explicaba su surgimiento y aportaba ideas claves para comprender un fenómeno que caracterizó al siglo XX: la “muerte de masas”.

Soldados caídos es pues un libro que nos habla de la experiencia bélica y del culto a los muertos en la guerra y de cómo esta experiencia se transformó, a partir de este culto, en lo que Mosse denominó “mito de la experiencia de la guerra”. Para ello estructura su libro en tres grandes partes. Una primera (“Los orígenes”, págs. 41-84) aborda los precedentes a esta mitificación de la Gran Guerra, antecedentes que Mosse sitúa a finales del siglo XIX. Fue entonces cuando los ejércitos ciudadanos de la Edad Contemporánea sustituyeron a los ejércitos mercenario-dinásticos. Estos ciudadanos voluntarios protagonizarán los nuevos conflictos bélicos. De estos enfrentamientos, el autor aborda las guerras de la Revolución Francesa (1792-1799) y las guerras alemanas de liberación (1813-1814), conflictos que se mitificaron para eludir su dramatismo y hacer más soportable el sacrificio de los ciudadanos, constituyendo así los orígenes del “mito de la experiencia de la guerra”. Es por ello que Mosse se interesa por los “Voluntarios de la guerra”, aquellos que partieron a la guerra convencidos de la gloria que iban a alcanzar, y cuyo sacrificio se hizo necesario legitimar en aras de la conservación de los ideales patrióticos. Para ello se llevó a cabo “la construcción del mito”, a través de “símbolos tangibles de muerte”, esto es, los cementerios militares y los monumentos de guerra, así como la celebración de ceremonias conmemorativas en estos espacios de memoria. Sobre el tema de los voluntarios vuelve Mosse al referirse a la guerra civil española, cuando se revive la experiencia del “mito de la experiencia de la guerra” y voluntarios de ambos bandos, principalmente del republicano —Brigadas Internacionales—, participan en el conflicto por motivos ideológicos (págs. 239-47).

La segunda parte del libro (“La Primera Guerra Mundial”, págs. 85-202) constituye el centro de la obra. Es el momento en que el “mito de la experiencia de la

guerra” llega a su máxima expresión. La Gran Guerra, reconocida como la primera “guerra total” y una “guerra moderna”, fue el conflicto en el que los hombres se enfrentaron con una mayor intensidad –las cifras de caídos fueron de tal magnitud que “desafiaban la imaginación” (pág. 104)–, sentando las bases de la “muerte de masas”, que de manera tan dramática caracterizará también a la Segunda Guerra Mundial. Y este trágico recuerdo será el que habrá que enmascarar y legitimar. La generación del 14 (“Juventud y experiencia de guerra”), constituida por los jóvenes entusiastas que fueron sacrificados en la guerra de trincheras, es enaltecida y glorificada al sublimar la memoria de los soldados caídos (“El culto al soldado caído”). Su sufrimiento los purifica y convierte en mártires cristianos. Son recordados en cementerios de guerra y memoriales, celebrados en días significados y representados por la figura del “soldado desconocido”. Se acude al entorno natural para enmascarar la cruda realidad de la guerra (“La apropiación de la naturaleza”) idealizando una naturaleza, que se identifica con el mundo rural y los paisajes naturales. Su objetivo es embellecer y enmascarar el devastador panorama de la guerra de trincheras. Por último, el dramatismo del conflicto se distorsiona con el acopio de recuerdos que, desde una carcasa de proyectil a una cruz de hierro, pasando por un casco utilizado en Verdún, una imagen de Hindenburg o postales bélicas, trivializan la experiencia bélica (“El proceso de trivialización”). Hay pues una apropiación de la religión y de la naturaleza para ofrecer una determinada visión, positiva y alejada de la realidad, de la guerra, conformando así una memoria “agradable” del conflicto, que margina toda visión negativa –como las memorias escritas de los ex combatientes más dramáticas y críticas con la guerra– y que se pretende perpetuar a través de los homenajes a los soldados caídos. Y a ello ayuda la trivialización de la guerra. El cine, el teatro, la fotografía y el turismo a los lugares de combate banalizan la guerra, que se convierte en un recuerdo cotidiano y aceptable, incluso objeto del juego de los niños.

La última parte de *Soldados caídos* (“La posguerra”, págs. 203-80) muestra la continuidad del “mito de la experiencia de guerra” tras la Primera Guerra Mundial, un período, el de entreguerras, en el que el mundo se había insensibilizado tras el sufrimiento humano causado por la guerra de trincheras. Esta indiferencia por la vida humana se tradujo, afirma Mosse, en una “brutalización” de la política, que se reconoce en la visibilidad y alto estatus de los militares y, muy especialmente, en la aceptación de la guerra. Es en Alemania (“La brutalización de la política alemana”; págs. 205-30) donde el papel de los militares tiene un mayor peso –los *Freikorps* simbolizan la defensa de la patria frente al invasor extranjero y el enemigo bolchevique –, fortalecidos por ideales de masculinidad y camaradería. Es también en Alemania donde la “domesticación” de la guerra, la aceptación del conflicto bélico como una parte más, aunque terrible, de las relaciones humanas, tiene un mayor desarrollo, llegando incluso al enaltecimiento. Se trataba de un “salvajismo sin precedentes que invadía la política”. La indiferencia hacia la “muerte de masas” y el deseo de destruir de raíz al enemigo, al que se deshumaniza –especialmente a los judíos–, acompañan el surgimiento de las ideologías totalitarias –Mosse se centra en el nazismo–, que condujeron al mundo a la Segunda Guerra Mundial y a la *Shoah*.

Y ello fue posible porque en la memoria se percibía, según Mosse, que la Primera Guerra Mundial no había terminado. Esta permanencia de la idea de conflicto se aprecia en las representaciones y en la dimensión visual, a través de los monumentos de guerra,

los pósteres, las imágenes, los libros de fotografías y, muy especialmente, del cine bélico de entreguerras. Esta idea de continuidad (“Construir sobre la guerra”, págs. 231-52) estuvo también detrás del desarrollo del nacional-socialismo. Los nazis recurrieron al lenguaje bélico, usando, por ejemplo, la palabra “frente” con asiduidad en su discurso político. Por contra, el pacifismo, en una difícil encrucijada entre su deseo de paz y la necesidad de hacer frente al auge del nacional-socialismo y del fascismo, fracasará ante la extensión de la violencia.

Por último, Mosse aborda el segundo conflicto mundial y su posguerra (“La Segunda Guerra Mundial, el mito y la generación de posguerra”, págs. 253-80). Se pretende entonces recurrir al “mito de la experiencia de guerra”; sin embargo, a la vista de las dramáticas características de este nuevo enfrentamiento, este mito se hunde ante la irrefutable brutalidad de la guerra. En un principio, dicha mitificación habría sido de utilidad para reducir el temor ante un nuevo conflicto. Incluso, recuerda Mosse, ayuda a explicar el hecho de que miles de europeos se alistaran como voluntarios en las *Waffen SS*. Pero, salvo en esta cuestión, en 1939 no se producirá el entusiasmo de la generación de voluntarios de 1914, que marchó ingenuamente a la carnicería de la guerra de trincheras. La memoria trágica de la Primera Guerra Mundial emerge y, ante la realidad del nuevo conflicto, el inicial entusiasmo bélico del 14 no se repite.

Durante la Segunda Guerra Mundial no se logra enmascarar la crudeza de este nuevo conflicto, que pronto adquiere dimensiones bien diferentes a la Gran Guerra, sobre todo al desaparecer la distinción entre frente y retaguardia, convirtiendo a la población civil en víctima de atrocidades sin precedentes. De la memoria de la Primera Guerra Mundial, la Segunda toma la brutalidad y no la camaradería. Este último concepto, tan importante durante la Gran Guerra y tan útil para conformar el “mito de la experiencia de guerra” en el período de entreguerras, no se podrá ya argumentar en el discurso político de la Segunda Guerra Mundial. A lo sumo, será la fuerza que anime al soldado alemán cuando, en los momentos finales del conflicto y pérdida su fe en Hitler, combata únicamente por sus compañeros. Es así como en la Segunda Guerra Mundial, y durante su inmediata posguerra, el “mito de la experiencia de guerra” fenece.

La destrucción fue tal y el deseo de paz tan generalizado que no hubo lugar para que la guerra, tal y como había pasado en la Europa de entreguerras, se enmascarara de nuevo y se mitificara. Ello, reflexiona Mosse, se observa en el declive del culto al soldado caído, aspecto central en la idea del mito. Efectivamente, se aprecia una gran diferencia entre el número de monumentos levantados tras la Gran Guerra en todas las localidades, por pequeñas que estas fueran, y los construidos después de la Segunda Guerra Mundial. Es más, podemos ver que, en muchas ocasiones, no se levantan nuevos monumentos, sino que a los monumentos originales de la Primera Guerra Mundial simplemente se les añaden los nombres de las víctimas de la Segunda. Y no es solo una cuestión cuantitativa sino también cualitativa. En este punto, Mosse se traslada a Inglaterra para analizar el debate sobre cómo deberían de ser conmemorados los “caídos”, bien de forma tradicional o bien con un fin utilitario, esto es, siendo útiles a los supervivientes, opción que es la que vendrá finalmente a imperar.

En el contexto de la Guerra Fría surge una nueva Europa que apenas rinde homenaje a la memoria de sus héroes de guerra, sino a las víctimas del militarismo, del

nazismo y del fascismo. A honrarles se dedican los nuevos monumentos – particularmente importante fue el esfuerzo en la Europa del Este–. En el bloque comunista se vuelcan en recordar con monumentos a sus caídos ante el nazismo, sobre todo en la URSS y en la RDA, república que “debe” purgar sus responsabilidades por su pasado nazi. Es así como, sin poder echar raíces durante la Segunda Guerra Mundial, el “mito de la experiencia de guerra” queda erradicado durante la Guerra Fría, período durante el cual la amenaza del conflicto nuclear es decisiva. El mito ha pasado ya a la historia. Pero Mosse advierte: está “atado” al culto de la nación y, si el nacionalismo volviera de nuevo a ascender, el mito lo acompañaría una vez más.

Roberto Ceamanos Llorens
Departamento de Historia Moderna y Contemporánea
Universidad de Zaragoza
robercea@unizar.es

Fecha de recepción: 30 de noviembre de 2017.

Fecha de aceptación: 7 de diciembre de 2017.

Publicación: 31 de diciembre de 2017.